

El truhán y las damas

Candice Hern



Traducción de Silvia Melón Carraro



PANDORA

Libros publicados de Candice Hern

LAS VIUDAS ALEGRES

1. En la pasión de la noche
2. Tan solo una aventura
3. Déjate llevar

EL GABINETE DE LAS DAMAS

1. El soñador y las damas
2. El truhán y las damas

Próximamente:

3. *Once a Gentleman*

Título original: *Once a Scoundrel*

Primera edición

© Candice Hern, 2003

Ilustración de portada: © Judy York, via Agentur Schlück GmbH

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2012, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-751-0 Depósito Legal: B-xxxxxx

Impreso por xxxxxxxxxxxxxxxxx

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 1

Dedico este libro y le doy las gracias a Louisa Pineault, una compañera en esto de coleccionar publicaciones de moda, cuyo conocimiento sobre las publicaciones y las revistas de la época de la Regencia es impresionante, tanto por la profundidad del mismo como por todos los campos que abarca. Aprecio profundamente su generosidad sin límites por compartir todo ese conocimiento.

Y a Elisabeth Boyle, por compartir amablemente conmigo su número del año 1801 de la revista *The Lady's Magazine*.



Julio, 1801

Si no hubiera estado tan borracho, probablemente no se hubiera metido en semejante lío.

Anthony Morehouse barrió hacia él la pequeña montaña de billetes que se acumulaba en el centro del tapete y pensó que era una gran noche. Al principio de la tarde había vencido a lord Reginald D'Aubney en una carrera de coches de caballos y le había ganado su par de corceles grises favoritos, por lo que lo estuvo celebrando con sus amigos toda la tarde. Perdió la cuenta de todas las veces que habían brindado en su honor. Era evidente que estaba demasiado ebrio como para pensar con claridad, ya que de ningún otro modo hubiera aceptado aquella maldita apuesta.

Comenzó a sentirse incómodo cuando un caballero empezó a dejar bienes personales como garantía en lugar de dinero o letras de cambio. Tony nunca había considerado a Victor Croyden un jugador desesperado, y menos cuando lo que le acababa de ganar era un mueble. Pero ahora, ¿qué diablos iba a hacer con ese maldito armario o cómoda o lo que fuera que hubiera ganado?

—Bueno, me voy a casa —dijo Tony, y se metió los billetes en el bolsillo. Era mejor que se marchara antes de que ganara un par de sillas a juego. Se levantó y se agarró al borde de la mesa para mantener el equilibrio. Maldita sea, sí que estaba borracho—. Croyden, ¿le importa si compartimos coche? Así podemos discutir lo de su gabinete y ver cómo hacemos la entrega.

Una carcajada de Croyden y gritos similares de los otros hombres que estaban en la mesa provocaron que Tony bajara la mirada para ver si tenía algo. ¿Pasaba algo? ¿Quizá tenía los pantalones mojados? ¿Una mancha de vino en la corbata? ¿Se le habían caído los calcetines hasta los tobillos?

—¿Qué?

—Tiene que prestar más atención, Morehouse —dijo sir Crispin Hollis. Era el único que no se estaba riendo a carcajadas para poder hablar—. No es un mueble.

—Claro que sí —respondió Tony—. Croyden lo ha dicho. Lo he escuchado perfectamente. Un mueble de gabinete o algo parecido. Ha dicho que era moderno. Está todo escrito en su nota.

Estallaron más risas en toda la sala de juegos y Tony empezó a enfadarse. Era algo estúpido lo que había ganado, estaba seguro de ello, pero apuestas más raras había visto. Además, no había querido ser grosero y pedirle a Croyden que se retirara, pese a sus dudas sobre si el horrible mueble tendría el valor de lo que estaban apostando. Solo intentaba ser cortés y ver adónde le llevaba todo eso. Todos los presentes en White's se estaban concentrando alrededor de la mesa para ver por qué se había montado tanto alboroto.

—Mejor que mire de nuevo la nota —dijo sir Crispin.

Tony buscó la nota dentro del bolsillo de la chaqueta, pero sus dedos se enredaron con los hilos del bolsillo y la situación empezaba a marearle. La sacó.

—Solo dígame. —Ante el temor de darse un cabezazo, lo que no estaba bien visto porque no era lo que se solía hacer en White's, se inclinó sobre la mesa para apoyarse—. ¿Me ha engañado, Croyden?

—En absoluto —respondió, aunque su sonrisa mostraba lo contrario—. Fui muy claro. Pensaba que lo había entendido.

—¿Entender qué? —El estado de celebración de Tony había desaparecido. Deseó no haber bebido tanto vino. Parecía que no podía pensar con claridad. Estaba confundido, aunque creía que lo tomaban por tonto.

—Entender mi apuesta —dijo Croyden—. La revista.

—¿Qué revista? Mire aquí, Croyden, puede que esté borracho, pero no tanto. Apostó una especie de armario y eso es lo que nos hemos jugado. Es lo que he ganado. Acepté su palabra como caballero que es. Si me ha tomado el pelo...

—Nada de eso —dijo Croyden. Levantó la mano para evitar cualquier tipo de acusación, aunque no tenía el aspecto de ser un hombre al que pudiera desprestigiarle una apuesta. Es más, se mostraba lleno de júbilo—. Yo aposté *El gabinete de las damas de moda* y usted lo ganó. Es suyo, Morehouse, con todas las de la ley.

—De acuerdo, así que he ganado un mueble femenino. —Los jugadores se echaron a reír a carcajada limpia una vez más. Tony se estaba enfadando de verdad—. Vale, ¿qué? No es tan gracioso.

La presencia de los espectadores alrededor de la mesa estaba empezando a resultar opresiva y el ruido de las risas le estaba provocando dolor de cabeza. Levantó las manos con las palmas hacia arriba y miró a sus amigos y a los allí presentes.

—¿Qué? Si el maldito gabinete es valioso, como dice que es, ¿dónde está la gracia?

A su amigo Ian Fordyce le dio pena. Se acercó hasta Tony y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Creo que deberías volver a sentarte —le dijo—. E intenta prestar atención esta vez.

—No quiero sentarme. Quiero irme a casa y tumbarme en la cama. Aquí ya he terminado.

—No tengo la menor duda —le contestó Ian—, pero primero necesitas saber qué es lo que has ganado, muchacho. No es un mueble.

—Por el amor de Dios, sí que lo es. Si hubiera escuchado la palabra «gabinete» una sola vez, pero la he escuchado ya una docena.

—Sí, pero no es un mueble —le dijo Ian mientras intentaba reprimir la risa—. *El gabinete de las damas de moda* es una revista. ¿Me entiendes, Morehouse? Es una revista.

Tony tardó un momento en asimilar en su confuso cerebro la información. ¿Acababa de ganar una revista? ¿Unas pocas hojas impresas eran suficientes para cubrir su apuesta? ¿Podía estar tan borracho?

No había ninguna duda de por qué era el hazmerreír de todos.

—Déjeme asegurarme de que lo he entendido. —Pronunció cada palabra de la manera más precisa posible e intentó que su cerebro escuchara con la misma claridad. Fijó la mirada en Victor Croyden—. ¿Su apuesta ha sido un ejemplar desechable de una revista femenina de tres peniques?

—No solo un ejemplar —dijo Croyden—. La revista entera. Soy el dueño de la revista y ahora lo es usted.

—¿Cómo? ¿Qué es esto?

—Es el nuevo propietario de la empresa editorial que fundó mi madre —explicó Croyden—: *El gabinete de las damas de moda*. Le doy la bienvenida.

Las rodillas de Tony se doblaron y cayó a plomo sobre una silla que, de alguna manera, había aparecido tras él.

—Maldita sea, ¿he estado jugando para ganar una miserable revista femenina?

—Sí. —Croyden se mostraba demasiado contento ante su pérdida.

—No puedo creerlo. —Lord Jasper Skiffington habló lo más alto posible para que toda la sala pudiera oírlo—. El viejo Morehouse informando desde París de las últimas tendencias.

—O sobre la encerada rapsodia de la última novela de la señora Radcliffe.

—O dando consejos sobre los mejores métodos para eliminar el tan indeseado vello facial.

—O cómo quitar las manchas de las muselinas.

—O cómo tratar la clorosis.

—O cómo dar forma a un tocado largo como la estopilla.

Cada vez que se mencionaba una sugerencia, las risas se hacían más fuertes. A Tony le sacudía un mareo tras otro y pensó que quizá estuviera enfermo.

—Será mejor que te bebas esto. —Fordyce se las había apañado para hacerse con una taza de café y se la dio a Tony.

Este le dio un sorbo e hizo una mueca. ¿Cómo diablos había llegado a esta situación?

Comenzó a sentir un dolor punzante en la cabeza.

—Le propongo una cosa, Croyden —dijo Tony—. Juguemos otra mano. Podría recuperarla.

—No, no, Morehouse. La ha ganado legítimamente. Ahora es toda suya.

Se trataba de un maldito juego sucio; eso es lo que era. Debería avergonzarse de cómo se había aprovechado de un tipo borracho como él. Tony continuaba teniendo problemas para hacerse a la idea de que era el nuevo propietario de una revista femenina, pero tenía clara una cosa: no pintaba nada bien.

—¿Por qué tiene tantas ganas y está tan ansioso por deshacerse de ella? —preguntó Tony—. ¿Cuál es el problema, además de que se trate de una revista femenina?

—Ninguno en absoluto —respondió Croyden—. De hecho, es una pequeña empresa decente. Genera una pequeña ganancia. Es solo una de las varias publicaciones que heredé de mi padre.

Tony le dio un trago largo al amargo café e intentó aclarar su aturdido cerebro. Recordó, hasta el punto de acordarse del olor de la

tienda donde lo vendían, que todos los negocios de Croyden estaban involucrados en el sector editorial.

—Tengo muchas otras empresas editoriales que me importan más —dijo Croyden—. Periódicos, revistas políticas y literarias (de corte misceláneo), así como editoriales de libros. Además, ahora mismo estoy más comprometido con una nueva historia sobre Grecia. Me temo que la revista *El gabinete* nunca me interesó lo suficiente. No tengo tiempo para ella.

Tony se sorprendió a sí mismo buscando en los dedos de aquel hombre alguna mancha de tinta. No tenía ni idea de hasta qué punto estaba Croyden comprometido con el sector editorial, aunque, ciertamente, tampoco conocía bien a ese hombre. Croyden era un hombre unos veinticinco o treinta años mayor que él y solo se veían de vez en cuando en el club.

—¿Ha dicho que fue su madre quien fundó la revista?

—Sí, fue su proyecto favorito en los últimos años de su vida. De alguna manera, consiguió coaccionar a mi padre para que lo financiase. Logró que fuera un éxito. Desde su muerte, la sobrina de mi difunta esposa es quien la dirige. Además, de forma muy eficiente. Hace que las cosas funcionen sin problemas, por lo que nunca me molesta.

—¿La sobrina viene incluida en el lote?

—Déjesela a Morehouse —dijo sir Crispin en otro ataque de risa—, para que pueda llegar hasta el fondo de la cuestión: la mujer.

—¿Una mujer que dirige una revista? —preguntó Fordyce—. Parece ser una clase de persona diferente a la que estás acostumbrado, muchacho. Pero no susceptible a tus habituales, eh... encantos.

—Pero piense en el desafío —dijo sir Crispin.

Tony intentó, de la mejor manera posible, concentrarse en el asunto en cuestión y no prestar atención a los comentarios subidos de tono, aunque acertados, que hacían los allí presentes sobre sus proezas con las mujeres. Lo importante en ese momento era la maldita revista. No tenía la intención de ensuciarse las manos si podía evitarlo. El único negocio que le interesaba era el que pudiera funcionar solo y que revirtiera beneficios en su cuenta bancaria. Si la sobrina de Croyden podía conseguirlo, entonces querría que se quedara.

—Entonces, ¿Croyden?

—Me atrevería a decir que depende de usted —dijo—. Parece que ella disfruta trabajando en la revista y probablemente le gustaría quedarse si

usted no hace ningún cambio. Me gustaría avisarle, no obstante, de que puede llegar a ser muy terca, como lo son las damas cultas, si sabe a lo que me refiero. Cree que tiene una buena cabeza para los negocios. —Se rió y negó con la cabeza—. Tonta. Es una de esas solteronas frustradas que piensa que puede hacer el trabajo de un hombre. Detestaba que me entrometiera, y desde luego yo no quería interferir. Un grupo de ancianas y mujeres de mediana edad solteras y chifladas que escriben sobre moda, poesía e historias románticas. —Se estremeció visiblemente—. Déjela hacer, Morehouse, y no tendrá ningún problema.

Aunque aún se hallaba bajo los efectos del alcohol, Tony encontró que la repentina adquisición de una revista femenina había tenido un considerable efecto aleccionador. No estaba seguro de todo lo que significaba dirigir una revista, pero una idea horrible le vino a la mente.

—Usted nunca tuvo que escribir nada para este... este gabinete, ¿verdad?

—¿Escribir para la revista? —dijo Croyden—. Por Dios, si ni siquiera he leído ese folletín en años. Pero es muy famoso entre las mujeres. Lo único que tiene que hacer, Morehouse, es sentarse y recoger los beneficios.

Tony deseó que realmente fuera tan sencillo.

—¿Dónde puedo encontrar su revista?

—La suya, querrá decir. —Croyden se rió de nuevo y a Tony no le gustó cómo sonó aquello—. Si se refiere a ejemplares de la revista, puede encontrarlos en la mayoría de las librerías. Quizá sea buena idea que hojee una. Si, por el contrario, se refiere a dónde está el negocio, le escribiré la dirección de mi sobrina en la nota. Excepto las impresiones, dirige todo lo demás desde la casa que comparte con su hermano en Golden Square. Probablemente quiera ir a visitarla mañana y echar un vistazo a lo que hacen ella y su pandilla de viejas solteras tontas. Después, venga de nuevo y tendré a mi hombre de negocios con todos los documentos listos.

La mente de Tony estaba muy aturdida como para llevar a cabo una negociación seria, por lo que cortó con la conversación y acordó con Croyden que se reunirían al día siguiente. Cuando acabó su café, Fordyce lo ayudó a incorporarse y lo arrastró hasta la salida.

—Despacio, Ian, te lo suplico. Las piernas siguen sin responderme y la cabeza me da vueltas como una noria.

—Sí, lo sé. Por eso te estoy sacando de este sitio. No quiero ver cómo te metes en más problemas.

—Solo era una estúpida apuesta, amigo mío. Mejor ganar una revista que perder mi camisa, ¿no?

Fordyce paró un coche, que se detuvo delante del bar. Metió a Tony dentro, le indicó la dirección al chófer, luego subió él y cerró la puerta. El ambiente estaba impregnado de un olor desagradable procedente de la paja de sus zapatos y Tony, que volvió a sentirse mareado, bajó la ventanilla para permitir que entrara un poco de aire fresco.

—¿Crees que esta revista será un problema? —preguntó.

—Parece que está destinada a serlo —contestó Fordyce.

—Pues bien, te equivocas. No tengo la menor intención de hacerme cargo de esa maldita cosa. ¿Qué demonios voy a hacer yo con una revista de moda para mujeres?

—Entonces, ¿vas a venderla?

—En el preciso instante en el que Croyden me entregue los documentos.

—¿Quién crees que va a querer ser el dueño una revista para mujeres? ¿Tu madre?

—Ag, no. —La idea de su madre, sentada en su silla lánguidamente y envuelta en un caro encaje, moviéndose para hacer algo productivo le arrancó una sonrisa—. No, no, mi madre no. Aunque tengo algunas ideas. —Solo tenía una idea, pero pensó que podría funcionar. Se lo cedería a la sobrina soltera. Si ella era la que dirigía todo el negocio, también podría ser la propietaria. Sospechaba que el que una mujer estuviera al cargo irritaría a Croyden, pero ya no era asunto suyo.

—Me apuesto lo que quieras —dijo Fordyce— a que dentro de dos semanas te arrepentirás de haber oído hablar de *El gabinete de las damas de moda*.

—Acepto el reto. —Tony dijo estas palabras por la fuerza de la costumbre. Casi nunca rechazaba un desafío. Algunos, en especial su padre, habían sugerido que era su gran debilidad. Pero cuando iban de camino a su casa de la ciudad, Tony empezó a preguntarse si no acababa de hacer otra idiota apuesta que lamentaría de por vida.

Edwina Parrish anudó el cordel alrededor del paquete que formaban las pruebas de imprenta del próximo número de *El gabinete de las damas de moda* y se lo pasó a través del escritorio al aprendiz de impresor.

—Espero que esto se imprima mañana, ¿vale, Robbie?

—Haré todo lo posible, señora, si no hay muchos cambios.

—Esta vez no hay demasiados—dijo ella—. Pero tenemos un grabado extra y necesitamos más tiempo para pintarlo a mano. Cuanto antes tengamos los ejemplares, mejor. Ah, dígame a Imber que tendremos para finales de semana otro panfleto para él.

—Sí, señora.

Nada más abandonar Robbie la sala, el hermano de Edwina, Nicholas, entró. Se acomodó en una silla frente al escritorio de ella y cruzó las piernas lánguidamente. Era la casa de su padre, pero nunca venía a la ciudad y no puso ninguna objeción a que su hija utilizara la biblioteca para editar y dirigir la revista. Nicholas nunca se había quejado, a pesar de que le hubiera gustado disponer de esa estancia para él mismo. Hojeó las páginas escritas a mano, bien organizadas en montones delante de ella.

—Otro número recién horneado, ¿verdad?

—Falta la impresión final.—Edwina juntó todos los montones dejando uno solo y le puso encima una hoja en blanco. Mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir la fecha en la portada—. Por cierto, tu artículo sobre Matilde de Toscana es brillante.

Nicholas sonrió, inclinó la cabeza y gesticuló con la mano haciendo una reverencia.

—Augusta Histórica, para servirle. ¿Has conseguido meter en la revisión la nueva edición de *Ensayos sobre la educación práctica*?

—Sí.—Edwina anudó las páginas manuscritas con una cinta y se giró para colocar el paquete en la parte superior de un estante con paquetes parecidos, uno por cada mes que había editado la revista. Se echó hacia atrás en la silla y se concedió un breve momento para sentirse orgullosa de sí misma porque había conseguido finalizar otro número más. Una vez hecha la impresión, aún quedaban varios pasos pendientes, como colorear, encuadernar y distribuir, pero delegaba estas tareas en otras personas. La mayor preocupación de Edwina era el contenido, y se esforzaba considerablemente para incluir ensayos, poesías, críticas e historias cortas de ficción de buena calidad. La mayoría de las críticas de los libros las escribía ella misma, bajo el seudónimo de Arbiter Literaria.

—Los Edgeworth deberían estar satisfechos con tu crítica—dijo Nicholas—. Sobre todo después del veneno lanzado por el *Espejo mensual*.

Edwina estiró las piernas por debajo del escritorio.

—Pido que, por una vez en su vida, el tío Victor no lea *El gabinete*. Aunque, por supuesto, no haya ninguna referencia al artículo del *Espejo*, cualquiera que lo lea se dará cuenta de que el mío es un ataque a su crítica.

—El tío Victor está demasiado ocupado con el *Espejo* y sus otras publicaciones como para detenerse a leer *El gabinete*. —Nicholas se rió con un poco de malicia—. El pobre hombre no tiene ni idea de lo que has hecho con la pequeña revista de su madre.

Y así debía continuar.

—Mientras siga viendo que la revista genera un beneficio decente, se mantendrá al margen de todo.

—Ya que hablamos de ganancias, ¿podemos echarle un vistazo a los libros contables esta noche? Me gustaría saber si podemos hacer otro panfleto para Thurgood. Tiene las elecciones en menos de dos meses.

—Creo que podemos. Pru encontró dos nuevos anunciantes esta semana.

Levantó las cejas, interesado.

—¿De verdad? Pru es una buena chica. ¿Ya están registrados en los libros contables?

—No.

—Bien. Primero veamos si hay alguna manera de retirar algo del ingreso para el nuevo panfleto.

Siempre existían algunas causas que necesitaban donaciones, pero ellos no disponían del dinero suficiente para ello. Su padre era un tanto despistado cuando se trataba de asuntos económicos y solo podían contar con que les diera únicamente la casa de la ciudad. Era una vergüenza que no tuvieran nada más, porque Nicholas tenía planes (espléndidos e idealistas), pero necesitaba dinero para llevarlos a cabo. Conseguía algo escribiendo artículos para varios periódicos, pero no demasiado. Había destinado casi todo lo que tenía a un par de inversiones especulativas que esperaba que le revirtieran una ganancia inesperada más que bienvenida. Sin embargo, nunca hablaba del tema y Edwina sospechaba que había perdido mucho dinero. Sabía que sus circunstancias le hacían mucho más daño a él que a ella.

La revista era rentable, pero los beneficios que generaba se iban directamente al tío Victor. Edwina recibía un pequeño sueldo como editora y también se hacía cargo de la contabilidad y podía efectuar

gastos menores que considerara necesarios. Sin embargo, los gastos mayores, como la contratación de artistas o grabadores, tenían que contar con la aprobación del tío Victor.

No obstante, desde que se hizo cargo de los libros contables, normalmente se aseguraba de que el tío Victor estuviera al corriente de aquellos beneficios que estaban registrados (hasta que echara un vistazo a un ejemplar de *El gabinete*, lo que no solía ocurrir, y se diera cuenta de que había uno o dos anunciantes que no aparecían reflejados en la contabilidad). Aún no había cuestionado nada relacionado con su gestión del negocio, pero Edwina no había bajado la guardia.

—¿El panfleto ya está hecho? —preguntó.

—Todavía no. Estoy trabajando en ello. Hay que bajar un poco el tono. —Nicholas le dedicó una sonrisa tímida—. Ya sabes cómo soy. Suelo ser demasiado pasional en estas cosas y a menudo eso ahuyenta a las personas.

—Quizá deberías dejar que Simon le eche un vistazo. Sabe cómo emplear las palabras.

—Sí, y se lo leería a Eleanor a continuación. Está tan locamente enamorado que no es capaz de pensar con claridad. Además, todavía está en Tandy Hill disfrutando de su felicidad de recién casado. Tardaríamos mucho en mandarle cualquier cosa hasta allí y que luego nos la devolviera.

—Vale, pues entonces yo misma le echaré un vistazo. Podría enfocarlo desde una perspectiva femenina. Sería positivo si lo dirigimos hacia un público femenino. Si educamos a las mujeres en estos temas, ellas influirán en sus maridos.

Nicholas se inclinó sobre la mesa y le tocó la mano.

—Sé que *El gabinete* no es el magnánimo foro público que una vez deseaste.

—Es suficiente, Nickie. Estoy satisfecha. —Era cierto que una vez aspiró a grandes cosas. Habría querido escribir grandes trabajos filosóficos llenos de ideas nuevas y radicales, pero el tiempo, y las pérdidas, había hecho que se moderase tanto en su actitud como en sus objetivos. Ya no soñaba con grandes trabajos, se conformaba con marcar una pequeña diferencia.

—Después de todo —dijo—, es un reto mantener *El gabinete* con un aspecto inocente. Mientras siga pareciendo que es la misma publicación femenina trivial con apartados de moda y la poesía

sentimental de siempre, nadie va a esperar otra cosa. Me apostaría lo que fuera a que la mayoría de los lectores no sospecha la verdadera intención subyacente en algunos de los mensajes. Incluso el tío Victor no sospecha nada, y así seguirá dejándonos en paz. No queremos que examine con demasiado detenimiento los libros contables, ¿verdad?

Un leve chirrido de la puerta anunció la entrada a la estancia de Prudence Armitage, una vieja amiga de los Parrish y la indispensable ayudante de dirección de Edwina. Su cabello rubio rojizo, como de costumbre, se escapaba de las garras de las horquillas, y llevaba las gafas de diadema.

—Acaba de llegar una carta por mensajería especial —dijo. Una mirada de preocupación ensombreció sus ojos según se acercaba al escritorio—. Es de Victor Croyden.

Edwina lanzó una mirada rápida a su hermano, luego cogió el pergamino doblado que le acercó Prudence. Era un tanto desconcertante recibir noticias del tío Victor justo cuando habían estado hablando de él. Debido a la conversación que habían mantenido, una sensación extraña enturbió el ambiente.

—¿Qué puede querer? —No se le ocurría nada que hubiera provocado esa comunicación inesperada.

Edwina tuvo un mal presentimiento. ¿Habría descubierto lo que había estado haciendo?

Rompió el sello y leyó la carta. La caligrafía de su tío era exageradamente cursiva, lo que dificultaba y entorpecía la lectura. Pero había una cosa clarísima.

—Dios mío. —Se apoyó en el respaldo de la silla, sintiéndose como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago—. ¡No me lo puedo creer!

Nicholas se incorporó de un salto y se acercó a Edwina.

—¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

Ignorando a su hermano, Edwina comenzó a analizar lo que había leído. Sintió una punzada de rabia, aguda y profunda, en la tripa.

—¿Cómo ha podido? Y sin ni siquiera decirme nada. —Movié nerviosamente los pies y empezó a caminar de un lado a otro de la pequeña y despejada zona de detrás de su escritorio—. No me importa si es mi tío político, ha hecho algo terrible.

—¿El qué? —preguntó Nicholas—. ¿Qué ha hecho?

—Todos estos años, todo el trabajo duro... no significan nada para él. Había pensado que al menos me consultaría, como editora. O, Dios no lo quiera, habérmelo ofrecido primero a mí. Pero no. Oh, esto es horrible. ¡Horrible!

—Ed, ¿de qué estás hablando?

—¿Y qué se supone que voy a hacer ahora? —dijo Edwina. Siguió caminando de un lado a otro, agitada y furiosa. Tres pasos, vuelta, tres pasos, vuelta—. ¿Me mantengo de manera cortés a un lado? ¿Como si no me importara? ¿Me quedo callada como una buena sobrina y obedezco? ¿Y todo porque soy una simple mujer que no puede tener cabeza para los negocios? ¡Buah!

—Edwina —dijo Prudence—, por favor, dinos qué ha pasado.

Edwina arrugó el pergamino en una bola pequeña y lo lanzó.

—Se ha arruinado todo. Eso es lo que pasa. Todo por lo que hemos trabajado peligró. ¡Maldición!

Nicholas se inclinó sobre la mesa.

—Por el amor de Dios, Ed, si no nos cuentas qué demonios ha pasado, me veré obligado a ir hasta ahí y sacártelo.

Dejó de caminar de un lado al otro, levantó la mirada y vio las caras preocupadas de Prudence y Nicholas.

—Ha vendido *El gabinete*. Tenemos un nuevo propietario.



Tony volvió a mirar la nota que sostenía en las manos. Menos mal que al menos los números eran claros. Si no hubiera recordado vagamente que Croyden mencionó que su sobrina vivía en Golden Square, nunca hubiera sido capaz de descifrar aquello que consideraban caligrafía.

Se apeó y le pasó las riendas a su cochero, quien podría así mantener contenta a la yunta dejándola trotar por la plaza mientras él solucionaba este asunto de negocios. Era una modesta casa de ciudad en una plaza modesta, en la periferia de los barrios más de moda. Parecía un lugar apropiado para una soltera que se dedicaba a una actividad en el límite de la respetabilidad.

Comprobó una vez más la nota de Croyden. Maldita fuera la letra de ese señor; no podía estar completamente seguro del nombre de la sobrina. Si se lo había dicho la noche anterior, no era capaz de recordarlo. Pero entonces estaba tan borracho que probablemente hubiera muchas más cosas que no recordaba. Se parecía a «Paris» o quizá a «Partridge». Tony sacó un ejemplar de la revista, que había comprado por la mañana: «*El gabinete de las damas de moda*, donde se presenta un respetuoso compendio de inteligencia y diversión con el objetivo de edificar el espíritu y entretener al bello sexo». En la parte inferior de la portada azul aparecía escrito: «Impreso por V. Croyden, Paternoster Row». No se mencionaba en ningún momento al director, por lo que había podido ver. Obviamente, la mayoría de los autores de los artículos firmaban con seudónimos.

No era lo más ideal ir a visitar a una mujer cuyo nombre no se sabía con certeza, pero había estado en situaciones más extrañas que esa y había conseguido salir del paso. Agarró la aldaba.

Unos pocos minutos después, una mujer joven con el cabello rubio rojizo suelto, con gafas y una mirada desconfiada abrió la puerta. No era una criada típica.

—Soy Morehouse. Me gustaría ver a la señora Paris.

Sus ojos casi se le salen de sus órbitas y su boca formó una «o» perfecta. Lo miró por un momento antes de pronunciar alguna palabra.

—Debe de ser el nuevo propietario de *El gabinete*.

Así que en la casa ya sabían lo que había ocurrido. Croyden no había perdido el tiempo en pregonar a los cuatro vientos las nuevas noticias.

—Sí, soy yo.

—Entonces, será mejor que pase. Lo estábamos esperando. —La mujer joven se dio la vuelta y gesticuló para que la siguiera hasta el vestíbulo—. Y, por cierto, su nombre es Parrish y no Paris —le dijo, mirándolo por encima del hombro.

Tony empezó a pensar que no era una criada, sino una de las solteras de la revista. Una soltera que lo escoltaba hasta las dependencias de la reina de las solteras. Señor, ya no podía esperar más para poner punto final a todo esto.

El angosto pasillo dejaba a la izquierda un comedor y a la derecha unas escaleras. La mujer entró por una puerta abierta al final del recibidor. Tony la siguió y llegó hasta una biblioteca o estudio repleto de escritorios con papeles y libros esparcidos por encima, aunque no era cualquier tipo de desorden; era una habitación desordenada donde, obviamente, se había estado trabajando, pero existía un cierto orden dentro del desorden.

Detrás de un gran escritorio a la derecha de la puerta estaba sentada una mujer inclinada sobre una hoja que resultaba complicada de leer. Levantó la cabeza cuando entró y Tony respiró profundamente cuando se dio cuenta de que estaba contemplando a una de las mujeres más hermosas que había visto nunca.

Tenía el pelo negro, una piel muy pálida y blanquecina y unas cejas negras, casi como el color de su cabello, perfectamente arqueadas sobre los ojos. Sus labios eran carnosos y de un color burdeos oscuro que contrastaba con el tono de su tez. Sus colores eran tan espectaculares que parecía que estuviera pintada, como una actriz después de haber pasado por la silla de maquillaje. Pero según se acercaba a ella, pudo comprobar que los colores eran completamente naturales. Y sencillamente impresionantes.

¿Era esta la reina de las solteras?

—Edwina, este es el señor Morehouse, el nuevo propietario de *El gabinete*.

La reina se levantó y le alargó la mano.

—Soy la señorita Parrish, la editora. —Lo miró con curiosidad y todo lo que él pudo hacer era dar un paso hacia ella y apretarle la mano. Estaba perdido en aquellos ojos negros—. Y ya ha conocido a la ayudante de dirección, la señorita Armitage.

—Es un placer conocerlas, señorita Parrish y señorita Armitage. —Por lo menos había logrado articular algo, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo que acaba de decir y se deshizo del embrujo de sus ojos—. ¿Parrish? ¿Su nombre es Parrish?

—Sí.

Dejó caer su mano como si quemase.

—¿Edwina Parrish?

—Sí.

Se echó para atrás y la escudriñó. Ahora sí que podía verlo. ¿Cómo había podido pasar por alto esa inclinación obstinada de la barbilla, esa determinación al erguirse?

—Bueno, que me aspen si no se trata de mi enemiga de la infancia, ya crecida, que vuelve a mí como la peste.

Ella enarcó sorprendida sus elegantes cejas, y después sonrió. La sonrisa encantadora que apareció lentamente iluminaba su rostro. Casi se le paraliza el corazón al ver esa sonrisa. Señor, era maravillosa. ¿Cómo podía haber mantenido una «señorita» esa belleza durante tantos años? Sabía que ella rondaba los treinta.

—Ya decía yo que me resultaba familiar —dijo ella—. ¿Anthony Morehouse? Santo cielo, ¿es usted? —Mostró una sonrisa tenue y gesticuló ofreciéndole que se sentara—. Morehouse y no Morehead. Nunca he entendido la letra del tío Victor. Por Dios, ha pasado mucho tiempo. Me sorprende que me recuerde. Han pasado casi veinte años.

De repente, a Tony le pareció volver al pasado. Durante muchos veranos de su juventud, a un vecino de la finca de su padre en Suffolk le mantenían entretenido las visitas de su nieta. Tony había pasado muchas tardes corriendo y jugando alegremente por el campo con esa niña testaruda. No la había vuelto a ver desde la última vez que se encontraron, cuando él tenía trece años, justo antes de que el abuelo de ella muriera y la finca se vendiera.

Ella era dos años menor que él, pero era la niña más franca, poco convencional e irritantemente inteligente que jamás había conocido. No era como las otras chicas jóvenes, repipi, remilgada y dócil, sino

que parecía no tener sentido alguno del decoro. Decía lo que pensaba y hacía lo que quería. Su padre solía decir que se debía a que su madre era una artista. Una mujer que mostraba públicamente sus cuadros de figuras clásicas semidesnudas no podía tener muchas nociones de cómo se comportaban las mujeres en realidad. La joven Edwina (él la llamaba Eddie) ignoraba que se suponía que las chicas no podían hacer determinadas cosas, como destacar en actividades masculinas o no mostrar la educación esperada. Se enorgullecía mucho demostrando su superioridad en cada ocasión posible y él la había odiado por ello. Más concretamente, se había odiado a sí mismo por no mostrarse perfecto ante ella. Era un chico que quería mostrarse superior delante de cualquier chica, incluso cuando esa chica era una tan molesta como Eddie Parrish.

—¿Cómo podría olvidar a la chica que me hizo sentir como el tonto del pueblo?

—No hice tal cosa. —El brillo de sus ojos decía lo contrario.

—Permítame que le lleve la contraria. Me retó a cada paso que daba. Siempre se apostaba algo.

—Y ganaba, creo recordar. —Se giró hacia su ayudante, quien permanecía en la puerta con el ceño fruncido—. Nos conocemos desde que éramos pequeños, Pru. Solíamos echar carreras y hacer cosas por el estilo, y parece que el señor Morehouse, después de tanto tiempo, sigue quejándose por haber perdido algunas de ellas.

—¿Aún conserva la Minerva? —No quería preguntarle aquello, pero después de casi veinte años le seguía irritando. El último verano que ella estuvo en Suffolk, de forma estúpida la retó a una inesperada carrera de obstáculos, que había diseñado él y había practicado el número de veces necesario para asegurarse la victoria. Cuando ella pidió que lo que se apostaran fuera la pequeña cabeza romana de Minerva, hecha de bronce dorado, que habían descubierto en la finca de su padre, aceptó sin ninguna contemplación. Estaba segurísimo de que ganaría.

—¡Cielos santo! —dijo ella—. ¿Se acuerda de eso?

—¿Cómo podría olvidarme? Mi trasero estuvo dolorido durante semanas cuando mi padre descubrió que había perdido su máspreciado bien. Nunca me perdonó. —Había sido el primero de una serie de actos que lo mantendrían en la lista negra de su padre.

—¡Dios mío! —Intentó mostrar un rostro compungido, pero sus ojos delataban que le divertía haber sido la causante de tales proble-

mas—. Nunca me lo dijo. Pensaba que era suya, que usted la había encontrado.

—Bueno, ni era mía ni la encontré yo. —Pero ella estaba en lo cierto. Él se había regocijado diciendo que había sido él quien la había encontrado. Estaba harto de que ella siempre lo derrotara y aprovechaba cualquier ocasión para parecer superior a ella. Ella le recordaba aquella locura—. ¿Todavía la tiene?

—Sí. Me he encariñado. —Se volvió hacia la señorita Armitage—. ¿Te acuerdas de la pequeña cabeza romana, Pru?

Las cejas de la señorita Armitage se juntaron hasta que el ceño quedó fruncido.

—¿La que tienes en el escritorio junto a tu cama? —Respiró profundamente y se ruborizó, un rubor de soltera por haber mencionado indiscretamente algo tan íntimo como la cama. Sus ojos discurrían por toda la habitación de manera nerviosa—. Es poco probable que pueda olvidarla, ¿verdad?

Tony arqueó interesado las cejas.

—En efecto, es poco probable —dijo Edwina. Se giró hacia él y sonrió—. Es la mejor cosa que le he ganado.

—Hum. Usted tenía las piernas largas mientras yo aún no me había desarrollado del todo. —Y parecía que ella tampoco. ¿Cómo podía haberse convertido esa niña pequeña pesada y problemática en toda una belleza?—. Era algo estúpido por mi parte aceptar todos sus desafíos sabiendo que usted ganaría. Aunque ahora la vencería. —Señor, qué chiquillada acababa de decir. ¿Qué le pasaba?

—No tengo la menor duda. De hecho, acaba de hacerlo. —La diversión desapareció de sus ojos—. Es el propietario de *El gabinete*, que por derecho debería ser mío. He hecho todo el trabajo. Soy la única que lo ha llevado a buen puerto. No puedo ni imaginar por qué el tío Victor se lo ha vendido sin ni siquiera tomarse la molestia de preguntarme si estaba interesada o no.

—Él no me la vendió.

Se le abrieron más los ojos.

—Le ruego que me disculpe. Pensé que era el propietario.

—Lo soy. Pero no lo compré, sino que lo gané.

—Usted ¿qué?

—Lo gané en un juego de cartas. Pensé que era un mueble, pero lo gané con todas las de la ley. Ahora soy el dueño.

—¡Maldición! —Dio un golpe fuerte contra el escritorio propiciando que los utensilios de escritura se balancearan y se acercaran peligrosamente hacia el borde—. ¿Lo perdió en un juego de cartas? Qué estúpido. Entonces, ¿ahora debo trabajar para usted debido a que tuvo una buena mano? Oh, es horrible.

Seguía siendo la misma testaruda de siempre. Y franca. Una explosión de júbilo impió le subió por el pecho, con lo que su plan original quedaba descartado. Tenía un nuevo plan. Uno que le haría devolver todo lo que había apostado desesperadamente y que le brindaría la gran oportunidad de seguir contemplando por un tiempo su belleza. Era descabellado. Era perfecto. Y apenas podía esperar para ponerlo en marcha.

—Bueno, bueno, bueno. He tardado casi veinte años, pero no puedo creer que al final la haya vencido. De alguna manera me siento compensado, por fin, por lo de Minerva.

Edwina hubiera querido salir volando por encima del escritorio y abofetearlo. Cómo se atrevía a estar tan contento. Ya no era en absoluto el chico que conoció, un chico lleno de orgullo y determinación, al que tanto intentaba impresionar. Probablemente, un hombre como el que él era ahora sería por defecto arrogante. Ya no era un chico flaco y pecos, Anthony Morehouse había crecido y era más alto y ancho, y estaba allí sentado con su perfecta vestimenta hecha a medida y pícara, con un aspecto físico como el de un dios de oro, como un Marte, para encajar con Minerva.

—No es lo mismo —dijo ella—, ni igual de justo. Usted no quiere *El gabinete*. Probablemente no sepa nada sobre el sector editorial. Simplemente quiere las ganancias.

—Es un negocio rentable, según me han dicho. Por supuesto que quiero los beneficios.

—Pero no es justo. —Hizo una pausa y trató de calmarse para dejar el tono irascible que estaba empleando—. Yo debería ser la propietaria, pero el tío Victor nunca me lo ha ofrecido porque soy una mujer. No cree en que una mujer pueda ser la dueña de un negocio, aunque parece que no tiene ninguna objeción a que una mujer lo dirija con éxito, generando más dinero para su bolsillo. Y ahora tendré que generarlo para el bolsillo de otro hombre. ¡Malditos sean todos ustedes!

—No me maldiga antes de que le diga lo que le tengo que decir. Quizá tenga una proposición para usted.

Edwina no confiaba en lo que veía en aquellos ojos grises plateados.

—¿Me va a vender *El gabinete*?

—Oh, eso sería demasiado sencillo. Teniendo en cuenta nuestra historia, se me antoja que es necesario algún tipo de reto.

—¿Qué tipo de reto? Dios mío, voy a arriesgar la revista en una apuesta. —Ella debería haber adivinado lo que iba a ocurrir.

—Así es. Pero necesito saber un poco más sobre esta operación antes de establecer un desafío. ¿Podría permitirme ojear los libros contables?

Una pequeña chispa de aprensión destelló en su pecho.

—¿Por qué?

—Es posible que quiera aumentar el porcentaje de ganancias como objetivo de la apuesta.

—No. Eso no es un objetivo justo. —Esperaba que con su rápida respuesta no hubiera picado su curiosidad. Debía mantenerle alejado de los libros contables por el momento, hasta que ella, Nicholas y Prudence tuvieran tiempo de hacer los ajustes pertinentes—. Los beneficios dependen de las suscripciones —continuó—. Se deben hacer gastos para atraer suscripciones y los beneficios se establecen desde el principio. No puede esperar que crezcan a corto plazo. Nunca aceptaría una apuesta basada en los beneficios.

—Entonces, ¿qué le parece que nos basemos en las suscripciones? ¿Cuántas suscripciones tienen ahora mismo?

—Casi doscientas mil. —Estaba orgullosa de esa cifra. Era el doble de las que tenía la revista antes de que ella tomara las riendas de la dirección hace casi cinco años.

—Supongo que podría retarla a incrementar considerablemente la suscripciones —dijo Tony—. ¿Eso lo considera justo?

Edwina reflexionó la idea por un momento. Sabía de algunas cosas que podría hacer para incrementar las suscripciones. Últimamente, Prudence y ella habían discutido con frecuencia las distintas posibilidades y los nuevos anunciantes eran el primer paso en esta dirección. Dirigió la mirada hasta donde estaba Prudence, apoyada en el marco de la puerta. Edwina levantó las cejas como preguntando y Prudence asintió con la cabeza. Volvió a posar la mirada en Tony.

—Sí, creo que eso sería justo.

—Bien. Entonces, me apuesto la propiedad de la revista a que usted no puede triplicar el número de suscripciones en tres meses.

—¿Qué? —*Este hombre está loco.* Edwina apoyó los dos antebrazos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante—. ¿El triple? ¿Está usted loco? Es imposible.

Se le dibujó una sonrisa tenue y perezosa.

—¿Está renunciando antes de empezar? Qué actitud más antideportiva por su parte. Supongo que he ganado.

—Es un truhán. Qué odioso es, y todo porque de pequeños le gané alguna carrera.

Él enarcó una ceja.

—Señorita Parrish, ya no es la chica intrépida que fue una vez. La Eddie que yo conocía nunca hubiera renunciado ante tal reto. Me defrauda.

Edwina palideció al oír su apodo de infancia. Tony estaba utilizando todos los métodos posibles para incomodarla y, maldita sea, estaba funcionando.

—Propóngame un desafío razonable —dijo ella— y aceptaré su estúpida apuesta. Triplicar las suscripciones en tres meses es imposible. Nadie podría lograrlo. —Y para asegurarse de que él no creyera que se infravaloraba a sí misma, añadió—: Ni siquiera yo.

Él sonrió y asintió reconociendo que ella había ganado la primera ronda.

—De acuerdo. Entonces, el doble. Doscientas mil suscripciones más en cuatro meses. Si lo consigue, la revista es suya. Si no, me la quedo y usted continuará trabajando para mí, o no, como decida.

Seguía siendo un reto formidable; uno en el que Edwina no sabía a ciencia cierta si iba a ganar. Había trabajado durante muchos años para duplicar el número de suscripciones del principio, y ahora ¿tendría que duplicarlas de nuevo en cuatro meses? Debía de estar loca al aceptar tales condiciones. Después de todo, era verano y muchos de los suscriptores potenciales habían abandonado la ciudad para ir al campo. Pero sabía que en esa ocasión no era posible dar marcha atrás. O eso, o nada.

Edwina pensó que quizá podría rechazar la oferta, irse y olvidarse del sueño de ser la propietaria. Podría seguir dirigiendo la revista, al menos hasta que descubriera lo complicado que era trabajar para Anthony Morehouse. Tendría que reducir otras actividades mientras

estuviera bajo su atenta mirada, aunque ya estaba preparada para ello desde que recibió la nota de su tío. Con cualquier nuevo propietario se necesitaba la misma precaución.

¿Pero qué pasaba si ella ganaba? Nunca había esperado ser la propietaria absoluta de la revista; en cualquier caso, nunca hubiera sido capaz de reunir el dinero suficiente como para hacer una oferta. No, lo mejor que hubiera esperado que pasara era que el tío Victor se la hubiera dejado como herencia tras su muerte. Aunque, conociendo la opinión que tenía sobre que una mujer fuera la propietaria de un negocio, probablemente eso nunca hubiera ocurrido.

Sin embargo, si ganaba la apuesta, *El gabinete* sería suyo sin gastar ni dos peniques. Todos los beneficios serían para ella, sin tener que rendir cuentas a nadie. No escondería más los libros contables. Ninguna preocupación más por ser despedida si se imprimían artículos de índole republicana.

Era una oportunidad muy buena como para dejarla escapar. Además, creía firmemente que no podría continuar trabajando en la revista si Anthony Morehouse era su superior. Su presencia era demasiado perturbadora.

Miró de pasada a Prudence, que se encogió de hombros, y luego volvió a mirar a Anthony.

—Acepto.

—¡Estupendo!

Él sonrió y a ella le empezó a recorrer un picor alarmante por la piel. Por el amor de Dios, ya no tenía diez años. Debía controlarse.

—Ah, y una cosa más —dijo él—. Si gano, me devolverá la Minerva.

Edwina levantó la mirada hacia el techo. ¿Todo eso tenía que ver con la maldita cabeza romana? ¿Tanto le importaba? La cuestión era que se había convertido en algo importante también para ella. Pero no la perdería, ya que no tenía la más mínima intención de perder *El gabinete*.

—De acuerdo —dijo. Luego se levantó, caminó hasta colocarse delante del escritorio y le tendió la mano a Anthony.

Él se levantó y la apretó, pero no como un apretón de negocios. En lugar de eso, acercó la mano hasta sus labios provocándole un hormigueo que le recorrió todo el brazo. La mirada en esos inquietantes ojos grises plateados le desveló que él sabía lo que había provocado y eso le divertía.

—Perfecto —dijo él—. Hagamos formal nuestra apuesta. —Buscó dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña libreta encuadernada en cuero rojo—. Mi libro de apuestas. —Pasó algunas hojas hasta que encontró una que estuviera más de la mitad en blanco y, luego, se la pasó a Edwina—. ¿Quiere hacer los honores, si me hace el favor?

Ella pasó las páginas completas y sintió una punzada de decepción. Era obvio que este hombre era un jugador. Sabía que era el hijo menor. ¿Así es como se había hecho su camino en el mundo? ¿Con el juego? Esa libreta, ese libro de apuestas, parecía que se había empezado a utilizar a principios de año. Páginas y páginas con apuestas de solo seis meses.

—Fíjese si es un hombre ocupado, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Estoy notando un tono de desaprobación? ¿De la persona que me introdujo en este mundo, que me enseñó la sensación de una buena apuesta hace todos estos años? No, no, Eddie. Nunca hubiera esperado que esa niña tan descarada hubiera salido tan aburridamente convencional.

—Hombre horrible.

Edwina introdujo la pluma en el tintero de su escritorio y escribió los datos del desafío, después de anotar «1 de noviembre» como fecha final de la apuesta. Firmó y le ofreció la pluma a Anthony. Se inclinó tan cerca al firmar que ella inhaló el olor del almidón y de la pimienta racemosa y distinguió un leve aroma a caballo. Era una combinación masculina embriagadora.

Él se enderezó, seguro de que ese roce con su brazo había sido deliberado.

—Mientras tanto, es mi negocio; así que creo que puedo echar un vistazo a los libros contables.

El corazón de Edwina se paralizó. Pensaba que había conseguido evitar el peligro. Había presentado una alternativa razonable, una que podría mantener alejado a Tony de los libros, pero sin que le hiciera sospechar.

—En lugar de eso, me gustaría incluir una condición más.

—¿Oh?

—Sí. Durante los cuatro meses de la apuesta, usted no alterará de ningún modo mi gestión.

—Hum. —Fruunció el ceño y la observó pensativo.

—Ninguna interferencia—dijo ella—. Nada de examinar las cuentas. Ninguna intromisión en la gestión diaria del negocio. Si no consigo ganar la apuesta, debería permitírseme seguir con la dirección del negocio, con cada uno de sus aspectos, por mi cuenta. ¿De acuerdo?

Él la miró con cautela.

—Siempre y cuando tenga acceso al número de suscripciones, acepto su condición.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Edwina añadió esta condición a la apuesta reflejada en la libreta. Los dos la rubricaron.

Se puso de pie delante de ella, muy cerca.

—Parece que estamos destinados a ser rivales en alguna apuesta estúpida. Pero ya no somos unos niños. Sellemos este pergamino correctamente.

La tomó entre sus brazos y la besó.